

LA MUERTE O EL DESEO

Víctor Díaz Goris



— OPUS —

VÍCTOR DÍAZ GORIS

*LA MUERTE
O EL DESEO*

—OPUS—

Primera edición
Editorial Opus, agosto 2014

© Víctor Díaz Goris
La muerte o el deseo

ISBN: 978-9945-8893-6-9

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa, expresa y por escrito del autor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida con lo establecido en la ley del derecho de autor.

Edición al cuidado de Piero Espinal Estévez.

Ilustración de portada: Máximo Ceballo

Queda hecho el depósito conforme a lo dispuesto por la ley sobre propiedad intelectual.

Editorial Opus
Padre Espinosa No. 36,
San José de las Matas, República Dominicana
Teléfono: 809-835-5783

Dedicatoria

Para Víctor José y Víctor Natanael, por serme.

Para Angie, siempre a las siete.



Prefacio

“Prefiero que se prescinda de prefacios. No explicar es, aún, una de las principales condiciones para la imposición y la victoria. Quede la obra tal cual es y sin que nada más sea”.

Fernando Pessoa

La emoción y el misterio

Poemas existenciales

y



Agua existencial

El río se levantó de su cauce
y emprendió un vuelo sólido,
luminoso,
con alas de cristal humedeciendo el cielo.

En sus ojos llevaba
la mancha de la tristeza
y en su largo cuerpo
de serpiente antediluviana
brillaban las escamas
de un sueño ya perdido.

Subí a él,
que era un ser vivo y consciente de sí,
y recorrimos el mundo material
e inmaterial,
visible e invisible,
y “llegamos” a un “lugar”
que no era realidad ni fantasía,
ni finito ni infinito,
y le llamo “lugar”



sólo por decir algo,
porque tampoco era un espacio
sin ser la nada, tampoco era todo,
y estaba hecho de lo mismo
que hizo volar al río
dándole vida.

Ambos nos perdimos
en ese “plano intemporal”.

El río se desvaneció allí,
dejándome solo,
sin saber cómo
volví al mundo “conocido”.

Ahora hay un espíritu
que quiere “regresar”,
con ansia temerosa,
a ese “espacio”
tan vacío y tan lleno a la vez.



Entre el tiempo y la piel

En el fulgor de lo no nacido
entre las seis y un seno despierto
hay un pezón de universo derrotado
que desmira
un ojo marchito de areola dormida
entre dos tajos de silencio
mientras la piel se amolda a la rutina
en un sexo melifluo
que se arrastra hacia la incontinencia.

Hay un pubis de arena
con ojos sedientos
chorreantes de ansias
sobre unos muslos falsos
aguerridos en el amor
a la luz incierta de una caricia fatua
como un beso sucinto, amargo,
a las ocho y cuarto de angustia.

Hay una hora que se corona de espinas
en las oscuras notas



de un pentagrama de pechos caídos,
caricias de vellos eufónicos que devoran
el tacto
y la estupidez humana
adora lo arcano
en el templo de la cópula y la mentira
que es el cuerpo de la mujer.



El aroma de la luz

En un piélago de luces perfumadas;
aroma de susto;
río de peces vesánicos.
En el estigma de la muerte,
olor de ideas nuevas
sobre la inopia de la inocencia.

Tristeza de olores blancos
bajo el gusto táctil
de un cielo acobardado:
piernas entre paréntesis,
voces verticales, ojos roncós,
un beso de reojo en la comisura del silencio,
pastel de ovarios manchados de miel.

Reminiscencias de caricias gastadas
en el cordón umbilical del amor,
caricias erectas, abrazos escindidos,
besos independientes de sus labios
y en el horizonte de ese mar
de iluminados espectros
un soplo de tinieblas
marca el límite del sufrimiento.



Mentira lustral

Miento mi cuerpo
sobre tu voz callada.

De mi aliento surgen estrellas fugaces
que caen lentamente
sobre el fervor de falacias nuevas.

Miento mi piel
bajo el áspid de tu risa.

De mi voz nace un puñal de alondras
que rutila, núbil,
sobre tu pecho de luna llena
y una ríada de águilas
que torturan mi sombra
con sus cabezas futuras.

Miento mi sangre
sobre el pubis del silencio.
De la mirada de mi corazón
surge un rayo de carne y hueso
con el color de la tristeza.



Miento mis labios
en la paradoja de tu piel
y de mis células nacen
las uvas del miedo,
igual que una campana de miel
asesinada de alegría.

Miento mi yo
en el amargo fulgor de la vida:
de mi propio ser nace
el gusano que lleva la cifra
de mi muerte.



Negación

Tu cuerpo
ateamente devoto del mío
me dio la puñalada
pero me negó el cuchillo.

Tu cuerpo
secamente río
se hizo mirada
aunque no tuvo ojos.

Tu cuerpo
altamente pequeño
me ofreció su tamaño
y me negó la estatura.

Tu cuerpo
lluviamente nube
me dio el verano
y le quitó el calor.



Tu cuerpo
ayermente futuro
me negó la muerte
para no darme
la resurrección.



El color del pensamiento

Mi pensamiento envejece
derrotado por los molinos de viento
del tiempo
y no puede desasirse
de la angustia que le causa
la palabra eternidad.

Mi pensamiento,
perpetuo viajero de la duda
y del aroma a mujer de la noche,
es ataúd que un día se expandirá
para cubrir todo mi cuerpo
por la añeja voluntad
de algún dios perverso.

Mi pensamiento,
nimbado de golondrinas,
de rubias emociones
y asfódelos muertos,
arrastra el color de las ansias
bajo la cifra del miedo.
Arpa pulsada por la muerte,
condenada a un perpetuo silencio.



Mi pensamiento,
roído por los blancos gusanos
del odio, el amor y la locura,
prisionero del insomnio
de la aurora y el ocaso,
busca el sentido de la vida
más allá de las infamias
en el abandono primigenio
de la angustia de existir.



Carne futura

Carne de agua dulce
que se convierte en luz
bajo la sangre de una piedra
que se calcina.

Ojos de nardos que adormecen
escuchando una ígnea guitarra
que se diluye
en dolores de parto.

Lluvia de noches senescentes
cayendo, férvida,
sobre los pétreos pétalos
de margaritas sin dueño.

Un jardín de besos inválidos
cubiertos por una verde sombra salada
que se unta de ausencias.

Labios de aire y sol
colgados, como besos
de una virgen bajo la luna.



Decálogo de pecados por cometer
arrastrados por la cola sin punta
de mis sueños alados.

Astas que se retuercen en caricias de hambre
dominadas por el olvido
que recuerda su propio olvido.

Una rosa azul que se masturba
en el tren del deseo.

Salvajes pezones de humo,
guillotizados, mañana
nacerán, ayer
sumidos, alevés,
en la vítrea piel de ausencia
que se despierta en el bostezo
del dejar de hacer.

Puntos suspensivos que comienzan,
vorágines de luz que oscurece
y reptá, como cifra sangrante,
sobre una escalera de palabras
que al abrazarse
formulan la pregunta suprema.

Sudor de narcisismo destruido,
mientras Deméter da a luz al invierno,
la mentira creadora: el poema,
la verdad que destruye: el amor.



Los pecados de la noche

La noche derrama
sus pecados en mi piel
mientras gusanos de luna
surgen de la tarde,
puertas sin sombras
se cierran en mis ojos.

Árboles en pubertad
me dan sus frutos, ajados.

Huele a nube virgen, núbil, ardida.

Golosos gnomos se posan
en el crepúsculo de tu ser.

Ángeles perversos
tocan campanas
para tu orgasmo:
la noche ya no tiene
a Melusina en su boca.



Altar de labios

Pongo a secar
mis huesos
bajo tus labios,
como humo podrido
de un ruiseñor degollado.

Ellos son cárcel oscura,
orquídeas marchitas
que sostienen con fingida firmeza
la hueca estructura
de mis deseos.

Mi sangre, inacabada,
oculta ya mis pecados futuros,
mientras acuesto mi sombra,
grito siempre inexacto
de las medidas de mi cuerpo,
en la piedra de sacrificio
de la que nació tu boca.



Mirage

Ella entró en la sala
y todo se volvió azul.

Un viento de tumba o espinas
le doblaba las espaldas.

Sus manos,
llenas de horas
pero no de tiempo,
parecían cortar la luz
que degollaba nuestros sueños.

Su cuerpo era
relámpago vertical,
sofocante raíz de huesos descubiertos.

Vimos sus labios, creadores de lluvia,
los grandes ojos marrones,
instigadores del pecado.

En sus muslos, dedos,
almibaradas garras
que desnacían nuestro ser.



Un yatagán joven, esbelto,
atravesó su garganta inmortal:
surgió un grito de silencio.

En un rictus
el aire se solidificó
y, donde ella estuvo,
quedó una herida transparente,
llena de su perfume.

Al desvanecerse,
el suelo erupció sus huellas;
mil implosiones desgarraron la noche:
un humo cárdeno y estridente quedó
como desconcertante testimonio
de una mágica metamorfosis
¿de amor?
en medio de un arquetipo
del inconsciente colectivo.

Todos la vimos.
Ella se llevó nuestros huesos,
sin quitarnos la piel,
y nos envolvió, agorera,
en las delicias de su enigma.



El reloj de sangre

En el cuerpo de la nada,
a las doce de las sombras,
la aguja del silencio
marca los dientes del dolor.

En el sepulcro de la risa
la vejez aletea, coqueta,
como geranio por nacer.
Sangre congelada
en el ruido de una pesadilla.
Cuerda de halcón
proyectada hacia el olvido.

En ojos del horizonte
la tierra se asemeja
a una infausta orquídea
que se muerde los pezones.

Adivino la acústica del pensamiento
bajo la piel de la inocencia.



Espero, insomne,
que las horas vuelvan a caer
desde las nubes,
mientras mi pensamiento,
reflejado en el espejo,
enajena la luz
que me acerca a tu figura.

Te observo con la piel.
Mi sombra asesinable
descansa bajo tu pelo.

Un sonido rancio
aja mi voz.
Detrás de tus senos
reluce el misterio.

Una mancha de emociones cinéticas
te acerca a mi lujuria
y, en el espacio infausto
de una caricia suicidante,
tu cuerpo muere despacio
en la exquisitez del sufrimiento.



El cauce de mi sangre

Clara, virgen, otoñal,
tu piel brota como una ráfaga
de los claros ojos de la luna.

Oscura, enmarañada, rugosa,
la luz del silencio y la nada
constela mi cuerpo de ti.

Aleve, decadente, rozagante,
la oscuridad de tu olor a mujer
se sienta en mis venas.

Desolado, fosco, hiemal,
es el cauce de mi sangre,
que ya no corre hacia ti.



Sueño

Un sueño isósceles
endulza mis noches.

Mi voz, como pulpo arrodillado,
sigue presa en el futuro.

Mi sangre ausente
vive el sueño
y sigue siendo galerna
en búsqueda
de un eterno nacimiento.

Mis huesos, pensantes,
se rebelan contra mí.

Mi cuerpo, en su angustia vicaria,
sólo puede fantasear.

La realidad, harta de no ser ella,
ha muerto dentro de mí.



Antes de la nada

La noche se apaga
mientras las aves detienen su vuelo
en el aire arrugado y canoso.

El mar se ha secado.

Los peces quedan suspendidos,
como manejados por un invisible titiritero.

Un arco iris de cristal,
con los nombres de todos
los olvidados por la deidad,
acampana su luz
en la desolada inmensidad.

Los esqueletos marchan,
muy erguidos,
en ordenada procesión.

Las banderas del odio
están fijas en sus astas.



No hay nubes, ni polvo,
ni color.

Todo es gris.

La nada está a punto
de abrir sus puertas,
pronto empezará
la eternidad.



La madrugada

La madrugada es un pedazo de náuseas
que se alarga en la sombra de vivir,
piloso laberinto vestido de mujer,
insatisfecho deseo
que se hizo carne sin primavera,
pelirrojo abrazo
en la sangre del tiempo.

Ella es la almohada
donde reposa mi insomnio,
duro seno hiemal
donde despiertan mis miedos,
turbio hipogeo
donde yace
lo mejor de mis pesadillas.

La madrugada es un río
que se bifurca en mi tristeza.
Beso caído, caricia marchita,
luz aún no nacida,
sin antes ni después.



La madrugada es la fosa
en la que vive mi angustia.
Espesa nube, llena de espinas,
que presagia mi ataúd.



Ambivalencia

Oh! dolor, tierno y silente,
roma espina que no hiere
pero tampoco acaricia.
Rubio beso efervescente
estacionado al desgaire
en el morbo de vivir.

Clavado en mi voz
como un pecado a color,
inocencia a blanco y negro
engastada en la desidia.

Navaja de piernas dulces
abiertas a la ignominia,
verde daga horizontal
degollada en su pezón.

Agridulce sombra de fuego
engarzada a mi sangre,
crimen inocente
que el tiempo perdonó.



Oh! dolor que siempre estás
sonriente ante la muerte,
en este suplicio de tántalo
no me dejas vivir
ni morir.



Miniaturas

Verte desnuda es
el largo camino
de no partir.

No hay ojos, sólo mirada.

Mi cuerpo en ti: el anhelo de lo perfectible.
Tu cuerpo en mí: la ausencia de lo perfectuante.

En tus ovarios cristalinos
se gesta el invierno.

Mis versos tienen
el sabor de la muerte,
olor de náufrago entristecido
a orillas de la nada.
La luz de la verdad
se extingue entre tus piernas.

El tiempo es nuestra coartada
en la muerte plagiada
que es vivir.



El tiempo:
muerto de noches,
vivido de días.

Busco el devenir
de mi existencia
en el altar del deseo
que oficia tu cuerpo.

La muerte tiene la forma
de la sangre del que ama.

Mi nombre corre por tu sangre
en tu sonrisa de un sólo labio,
como una tarde vaginal
en la miopía del tiempo.



Caricia envenenada

El perfume de un astro apagado
permea tu piel de civeta en celo,
sombra de ojos dulces
separada de la noche.

La voz de la eternidad
da forma a tu cuerpo
y lo sostiene, con malicia,
el líquido esqueleto del deseo.

Tu boca, desnuda de verdades,
nace con el estigma
del inmenso cadáver de la duda.

Eres un pecado immaculado
en la caricia envenenada de las sombras,
que no vivirá nunca
el ordenado desorden de amar.



Ciclo

Vas desde ti
hasta ti a través de ti
hasta la noche que eres tú,
donde la rubia salamandra
afilas el hacha del cortejo,
donde el sátiro ritúa sus ansias
degollando ninfas con su falo.

Vas desde el día, que eres tú,
hasta el arcoíris que libera
su cabellera de golondrinas,
donde la cabeza de un astro decapitado
deja un reguero de serpientes
también decapitadas.

Vas desde la lluvia,
que eres tú,
hasta la ruidosa inquietud
de un cadáver de pelo largo,
donde una emoción libera
una jauría de espumas



y donde el verde eco
del mal
besa la piel del dolor.

Vas desde la tarde,
que eres tú,
hasta los vastos dominios del odio,
donde peces cantores
perfuman de luz
el blanco ataúd
de la muerte,
que reposa, como Ofelia,
custodiada por flores
con la quietud del deber cumplido.

Vas desde la alegría,
que eres tú,
hasta lo que queda de la muerte,
que soy yo.



Presagio

Cuando la flor vuelva a ser
de carne y hueso
y el arcoíris, cansado,
tenga forma de mujer.

Cuando la voz del odio
tenga alas de mariposa
y las nubes, rubias,
tengan ojos de cristal.

Cuando del mar vengan los cuervos y,
convertidos en espadas,
decapiten al tirano.

Cuando la lluvia tenga la textura
de miles de cabezas cortadas.

Cuando la música sea el crimen
que nos ponga de espaldas
a la luz,



entonces los cementerios
llorarán de alegría
y abrirán sus puertas
a la multitud
que se suicida.



Arena

Tu cuerpo suicidante
agorero de crepúsculos
y destructor
de amaneceres.

Tu cuerpo-espada
que corta al bias
los azules hilos
del deseo.

Tu cuerpo-mar
ahogadero de orgasmos
y caricias ya perdidas.

Tu cuerpo-hiedra
envenenador de paladares
y constructor de sinsabores
va levantándose
como un hermoso pecado
sobre el arrugado desierto
de mi conciencia.



Collage existencial

Mis ojos oyen tu estatura
diluirse lentamente entre mis manos,
mientras mi piel mira indecisa
el rojo cisne del dolor
que se va enredando aleve
a la piel de mi silencio
como un grito proferido
por la cola de una serpiente
que se quedó soltera.

Mis oídos ven con claridad
la verde cifra de tu aliento
desplazarse con rapidez
hacia mi angustia
arrastrada por la oscura mano
del pecado original,
el cual tiene la forma
y el aroma de una mujer.



Mi olfato saborea
con fruición
el color de los pasos de una dama
que se dirigen hacia lo incierto
mientras mi pensamiento,
mordido por duendes y ojos de libélulas,
va abriendo grietas y arrugas
en el curvilíneo cuerpo
del viento.

Ya viene la parca.
Una mujer desnuda
la acompaña.

Mis sentidos,
trastornados,
se preparan para degustar
los colores de la nada
y el sabor de la eternidad.



Donde ocurre la noche

Donde ocurre la noche
hay fantasmas decapitados;
una camisa rota
con el color de las pesadillas;
la imagen de un niño que llora
en lontananza de la muerte;
una avenida poblada de calaveras,
mirlos y cuchillos descontentos.

Donde ocurre la noche
se pudre una emoción
y nace un verso.
Se desangran los ojos
bajo el hacha de la mirada.
Eruptan su aliento de abejas.
Los amantes que se quedaron solos.
Se derriten las guitarras.
El polvo se vuelve un farol.



Donde ocurre la noche
una larga espada con ojos
desnuda el vientre del mundo.
La lluvia se vuelve angustia
y la angustia se vuelve mujer.

Donde ocurre la noche
se escucha un gran silencio:
la enorme ausencia de palabras
que gravita
sobre los que poblamos
el cementerio.



Separación

El rojo turpial desangrado
lleva a la noche en el pico.

Una alondra azul se enciende
en el crepúsculo que vendrá.

Una verde paraulata,
con una diminuta orquídea en el corazón,
va desde tu nombre
hasta el rencor.

El águila por nacer
aletea en la sombra
mientras una nube degollada
libera arrendajos que vuelan hacia el sol.

Lloran los asfódelos
la inquisición de la angustia.

El pecado original se derrite
bajo unos labios de mujer.



Los ángeles caídos
lloran su amargura
sobre la piel de la serpiente.

El paraíso se ha cerrado.
¿La piadosa mano del amor
lo abrirá?



Memoria existencial

Coronado de mirlos,
con una adarga afilando
los ojos marrones de mi voz
y con espinosos crisantemos
derritiéndose en mi alma.

Con nenúfares alados
habitando mis labios
y una orquídea desangrada
perfumando mi aliento
(jifero que destaza
el corazón de la luz).

En la quietud de la ceniza
recuerdo la piel de una mujer
cubierta por la ignominia.

El dolor de una virgen
desflorada por un relámpago.

El eco de un verde orgasmo
chorreante de espinas
y la muerte de un poeta
que va cruzando la estigia.



Nube

Igual que una nube
manchada de sangre
untada con desgano
en las rozagantes arrugas
del tiempo.

Igual que un orgasmo
derramado al socaire
de unas piernas cerradas
(ceniza vaginal
crucificada al deseo).

Igual que un árbol menstrual
plantado en medio
del cansancio
así cierra la tarde sus labios
para morder entre sí
la ajada carne
de mi tristeza.



La sangre del torbelino

Las espinas de un aliento
en la polimorfa acromía del tiempo.

Las yemas de una mirada
en la inevitable disociación del pensamiento.

Las llamas de la muerte
en la incesante punición de la angustia,
temblor de huesos
en la urgente demanda de la ausencia.

Dolor de una sombra
en la permanente huida del cuerpo.

Vómito de pasos pretéritos
en la calcinante presencia de la duda.

Un jilguero muerto en el corazón,
inmaculada víctima de una voz futura.

La acuciante tinta del averno
derramándose, sapiente,
sobre el candil de la memoria:
tormentos del poeta
que escribe desde la noche.



Búsqueda existencial

La sombra asesinable del mar,
imitación bien hecha
de un deseo sublimado,
hace que ofrende mi corazón
a un trueno,
mi boca a un relámpago,
mi piel al dolor,
mientras mi pensamiento envejeciente
se llena de garras de águilas
que van destrozando
mis más íntimos recuerdos.

Mi carne es un inmenso enigma
que va a ninguna parte,
mientras me encuentro a mí mismo
en la indivisible
otredad del ser.



Esa noche

Esa noche que muere y nace
en tu vientre
que se adhiere, cual lagarto,
a la desquiciante verticalidad
de tu pubis.

Esa noche que se agolpa
como trueno
en mi garganta
y que cuelga
implacable
del sólido espejismo
de mis huesos.

Esa noche sin cabeza,
llena de fantasmas y ruidos,
que se pasea llena de miedo
por las cenizas de mis carnes,
conjugue las proteicas formas
del sueño.



Esa noche que deviene
en demiurgo
bajo el fulgor que dan las ansias
es la noche que me arrastra
a la deconstrucción
de mi deseo.



Duda

Tengo una duda
bajo la piel,
la cual se arrastra
como serpiente
por mi sangre
y deja tras de sí
un reguero de calaveras
que aúllan su angustia con denuedo,
las cuales forman
nubes que arrojan
un puñado de sal
a mis entrañas.

Hay gnomos danzantes
que acuchillan alegremente
los latidos de mi corazón
mientras el frío soplo de la derrota
se va instalando en mis huesos
bajo el sonoro fulgor
de una pesadilla



en los insomnes párpados del sueño
como residuos de labios
que envenenaron mis carnes.

Tengo la piel
mordida por la ignominia
y una guadaña sonriente
atravesando mi aliento.

Tengo una gran duda
como inquilina también de mi sombra
bajo el fuego de la muerte
con la fuerza del rencor.



Ethos

El alado espejo
de la tristeza
refleja
los agonizantes
cármenes
de mi alma,
roto velero
que navega
sobre las tenebrosas
aguas
de la estigia.

Un nombre de mujer
marca su rumbo,
único destello
de luz
en la densa oscuridad.

Las erinias están contentas:
el velero, a sus manos,
pronto llegará.



Muerte inminente

Hay mantícoras,
buitres y arpías
que se abalanzan
sobre la mañana.

Cíclopes y titanes
que afilan
sus espadas.

Escila y Caribdis
abren sus fauces.

Las terribles anfisbenas
preparan su mortal
veneno.

El campo está dispuesto:
mi alma,
temerosa,
tiene que entrar
a él.



Mi cuerpo en el espejo

Tengo una rosa roja
enclaustrada en mis venas.

Mi alma está
anquilosada en el espejo.

Hay una noche sin dientes
que muerde paso a paso
esta astuta melancolía.

Vientos de espadas femeninas
escupen soles
en mis huesos.

Ah, noche-mujer,
noche-espanto,
noche-luz,
noche como un cuchillo
con voz de niño,
sabes que tengo
una rosa roja
engarzada en la mirada.



Mi cuerpo es un espectro
de huesos en agonía.

Soy el espejo
donde se refleja
la vanidad de morir.

Tengo una rosa roja
como un tigre en los dientes.

Tengo el ojo de la muerte
disperso por todo el cuerpo.

Mi sangre es un río de espinas
que florece a la nostalgia.

Árboles muy altos
van surgiendo de mi cuerpo
y se encaminan hacia la rosa roja,
que me alivia
de mis muertes.



Metempsicosis

En la trasmigración de los besos
alquimia de dos cuerpos
talados del deseo.

Dolor saxífrago
en la inquietud del abrazo.

Flores seminales
en labios del tormento.

Noches colgadas
de los cabellos del miedo.

Unión de huesos
en cópula con el pensamiento.

Acritud egofílica piel a piel
bajo la áspera sombra
del lecho.

Armonía de frutas
en el vientre del pecado original.



Gemelo fervor de manos frías
en busca de una caricia atemporal.

Lenguas trenzadas
en vuelo gordiano.

Corazones (h)alados del sueño
(chorreantes de fuego virginal
por amor, sólo por eso).

Piel hablante
en la lunicidad del querer.

Cadáveres felices
después de haberse amado.



Palimpsesto

En un jardín de emociones solubles
devenido en pálido fulgor
de ojos muertos
mi boca hecha cenizas
se curva
ante los jirones de tus labios.

Mi sangre,
que debe su albura
a todos los cementerios
en los que he vivido,
que es resumen (inconcluso)
de todos los esqueletos
que seré,
brota en forma de rosa
para matar mi otra sombra.

Mis ojos,
a media oscuridad,
oyen el tañido
que campana la nostalgia.
Palimpsestos de otros yoes
dan sentido a mis huesos:
pronto veré
la oscuridad del sol.



El toque de tánatos

La muerte se detiene
en silencio
sobre la forma de una caricia
engastada en mi pensamiento.

Mientras la noche juega
con mi sexo de agua dulce
en el dolor existencial
de la separación de los amantes.

Lame la parca mis huellas
en un orgasmo de luz
que me acerca al infinito,
bajo la náusea de la angustia
que va del infinito al ser.

Mientras, la ajada piel del tiempo
se va derritiendo sobre la noche
en la transmigración de las dudas
en el ciclo eterno
del sufrir.



Círculo

Hay ojos en mi sangre
que miran mis muertes.

Hay ángeles
que están
clavando espadas
en mis huesos.

La angustia,
perenne, me observa
desde mi piel.

Y poco a poco la va poblando
de calaveras y tumbas.

Orta la noche
la sonrisa del dolor.

Sólo existo
cuando me abraza
la muerte.



Ceremonia

En los ayunos del vértigo
los ritos del deseo.

Pulimento de los sentidos
en las deserciones del ser.

Homilía de cielo y emoción
en las envejecientes olas
de la piel.

Soslayo de besos
en el filo de unos muslos
que se desangran de amor.

Axioma de luz
chorreante de labios.

Flores futuras adornando
las urgencias de amar.



Talud de sueños oblicuos
en la deconstrucción del cuerpo:
angustia del cadáver
sumergido
en la eternidad.



Resurrección

Las hojas del deseo
floculan la noche
en sus puntas
y caen, derretidas,
sobre la hierba de tus pechos.

Mi voz agónica
se agita con violencia
en la punta de tu mirada.

Tu sonrisa, con su aliento de orgasmo inconcluso,
esparce la arena del crepúsculo
por el naufragio que habita mis ojos.

Extiendo con ternura
toda mi sangre sobre tu piel
mientras mi sombra
rebelde
se tiende bajo tu cuerpo,
absorbe la tuya
y cubre tus huesos.
Sonrías, soñadora.
El escenario está dispuesto,
sólo falta
la resurrección.



Vicariedad del insomnio

De los largos pétalos
de la duda
surge el tiempo.

En ellos
corre mi muerte
sumergida en un manantial
de espurios espejos,
bajo el vértigo de la prisa
y su textura de árbol caído.

En los espejos
aletea el insomnio,
el cual es vicario de la resurrección
en la transmigración del deseo
de ser inmortal.

La duda es
el origen de todo.
¿Mi muerte, acaso,
será su final?



Duda existencial

Me duele la cabeza ausente.
Tu cuerpo en perenne caída
con una mordida de luz
en el costado
hace que mi pensamiento
(¿cómo pienso?)
se pudra poco a poco en el espejo.

Mis miembros fallecidos
quieren rebelarse ante tu voz
pero la luna llena
no los deja retoñar.

Tengo la mirada
atravesada por tu cuerpo.

Mi cuerpo ausente
me duele desde la distancia:
sabré donde se encuentra
cuando me hagas
resucitar.



Ecforación

Suicidio de caricias
urticantes en la memoria.

Imagen de la desesperanza
catectizada en los instintos.

Piel desesperada
en busca de un cuerpo
donde posarse.

Tiempo mentido
en el pensamiento del reloj.

Móvil averno
recuperado en la conciencia.

Fata morgana de una emoción
ecforizada en la sed.

Plagio de horizontes
en la vicariedad de los huesos.



Acuchillado reflejo
de una mujer-espina
en un pulido espejo de sangre:
enorme espacio
lleno de angustia holística,
en la nada futura
que el ser humano es.



Escisión del ser

La angustia,
como una espada desangrada,
carcome mi pensamiento.

Ojos llenos de espinas
desmiran mi rostro
que aja y palidece
en el implacable reflejo
del espejo.

El asombro abre sus puertas
y la muerte
en toda su espantosa belleza
desfila, regia,
por mi piel.

La soledad de la separación primigenia
asoma a medias
bajo mi sombra.



La lluvia, agonizante como yo,
asciende hasta la angustia
y la convierte
en torbellino de luz
poblándola de gárgolas
que pesadillan mis noches.

La duda, cual antorcha,
incendia mi voz
destruyendo las palabras
que me sirven para re-crear el mundo.

La náusea de existir
se asienta en mi Dasein.

Deserto de mi sombra:
ella existe y vive,
yo no.



Brevidades existenciales

El caballo
del destino
maúlla
sólo para ti.

Hay una duda,
hecha carne pensante,
donde antes estaba
mi cabeza.

Mi cuerpo es
un epitafio de sombras
que lleva tu nombre
en la piel.

Pronunciaste
mi nombre
y volví a la vida.



Tu voz
tiene el color
de un pájaro
sin nido.

Desde mi sarcófago
miro mi cuerpo
marcharse
contigo.

Cuando el día
pierde su apuesta
la noche vuelve
a ser tú.

Soy libre,
aún no he sido
concebido.

Los aullidos
de tus muslos
aprisionan
mi cabeza.



Contrario a lo que crees,
el desierto
nació
de la rosa.

¿Para qué nacer
si hemos de morir?

El cuchillo se estremece
con violencia:
la blanda carne,
palpitante aún,
se le ha clavado
hasta el hueso.

Estoy dentro
de mi cuerpo
(de lo que era)
y ya no me conozco.

Tengo una derrota
dispersa por todo el cuerpo.



Mi cuerpo
está muerto
y yo (¿dónde estoy?)
entre ambos
se interpone
la cifra
de la derrota.

El hombre es
la obra cumbre
de la poesía.

Sólo soy un poco de polvo
(pasado y futuro)
que cree que es carne
y vive de componer
olvidos y aire
(que son lo mismo)
que es el reino
de la poesía.



Fuga

Son las seis del insomnio.
Afuera cantan las angustias.

El reloj desnata mis tristezas
en su vientre vegetal.

Las nubes semejan
un enorme y revuelto cóctel
de sangre y sal.

Sonríe una sombra
en el cielo.

Salgo de mi cuerpo
para ir hasta ti:
mi cadáver, tibio aún,
espera mi regreso,
ya vestido
de ataúd.



Angustia existencial

Tengo ataúdes
saboreando mi sangre.

Hay manos dentro de mí
que no conozco
que me empujan hacia abajo.

Mis huesos
son sombras de otros huesos
y están vivos,
conscientes de sí mismos,
pero mi piel agonizante
no lo sabe.

Hay ojos que me miran
desde dentro de mí
me lamen y me asustan.

Algo o alguien
que me despuebla de mí
o me des nombra.



El aire es una inmensa tumba,
pero mis huesos vivos
lo ignoran.

Mi carne,
robada hace ya tiempo
a su dueño,
lo sabe bien.

Tengo a la nada
en la voz
y no soy capaz
de verla.



Mi aliento

Mi aliento plural
cóncavo o huérfano
manchado de olor a luna llena
en el clamor vertical
de la inevitabilidad del destino.

Crucificable, resucitable,
vestido de hímenes
de vírgenes futuras.

Azotado sin piedad
por los cuervos del dolor
va tomando
la forma de la noche
bajo el acoso,
implacable,
del orgasmo del misterio.



Mi cadáver

Mi cadáver
florecido de cuchillos
y de gusanos largos
como el deseo.

De espejos masturbados
por las sombras.

De cenizas de besos podridos.

Cubierto con el recuerdo
de los pezones
de las mujeres que me amaron.

Ya es otro,
envejecido,
muerto en entera libertad.

Mi cadáver hermoso,
donde yo
solía vivir.



Mi sangre

Mi sangre piensa,
aunque ya no sea roja,
y tiene la forma
del exceso,
alimentándose de la angustia
y su olor a mujer.

Es un puñal hablante
bajo el árbol de la vida.

Mi sangre
es casi un delito
en la dulce finitud
de la inocencia.



Mi voz

Mi voz abrazable
pese a su gusto a pecado

Suicidable en la perentoria
lucidez del vértigo.

Caíble, masturbable
o muerta.

Medible en besos,
angustias o rencores.

Autófoba, indolente,
arrugada y áspera al tocarla.

Llena de corderos degollados,
de pesadillas y miedos.

Es un pasaje
que se bifurca en el silencio.



Es preludio de la noche,
una ruta hacia la nada.

Y vive dentro de mí,
en la eterna inquietud
del insomnio.



Tránsito

Ando errante
con mi destino colgado
de la mirada.

Solitario,
con el pensamiento
lleno de cenizas.

Con una puñalada
entre el pecado y la conciencia.

Vacilante,
con una clepsidra de lágrimas
marcando mis últimos latidos.

Ando a oscuras
con mi esqueleto
a cuestas.

Descalzo,
con mis sueños
colgados de la piel.



Y una sombra que ocupa
lo que alguna vez
fue mi rostro.

Desando mis pasos,
vestido sólo con mi aliento,
ando lentamente
en mi segunda
resurrección.



Deserción

La baba de la locura
corre como luz
por la venas del suicidio.

Un sarcófago núbil
hace su residencia
en mi sangre.

Rubíes machos como el sufrimiento
adornan los pezones
de la lujuria.

La muerte, en traje de Eva,
copula con mi ser.

Hay un instinto con un solo ojo
pugnando por salir
de mis dedos.



Corre el ruido
de una mirada asesina
por los derruidos
huesos del silencio.

La cordura ha muerto:
despertemos al sueño
de la realidad.



(In) conclusiones 1

...Y después llegaron las erinias
con su séquito de cuchillos muertos
y tu pelo dejó de ser ausencia
para convertirse en río fugaz
arpegiado de sombras...

...Las ninfas del olvido
se bañaban desnudas en mi voz.
Dagas insomnes desollaban sus miradas.
Mi lengua, como un sátiro feliz,
lamía el olor de sus angustias...

...Pero no. Era mejor seguir.
Como también deseaba tener
el mismo cuerpo que tenía antes de nacer.
Era inútil. Montségur seguía sitiado por Simón,
así también mis instintos...

...O tal vez no. Era, bien lo sabía,
como nacer vestido a una pesadilla.
Pero también había azúcar en sus labios.
¿Soñaba? No sabría decirlo,
aunque era tan dulce la sensación...



...Y terminaba entonces la montaña.

Tu amor era todo mi universo, pero tú lo ignorabas.

La eternidad empieza y termina en tu cuerpo.

Y yo desnudo de ti.

Pero para entonces ya el cielo era un cadáver, ¿verdad?

La luz se iba...



(In) conclusiones 2

Fue poco tiempo después,
cuando todavía un orgasmo no era un artículo de lujo...

Voy, extranjero en mi piel, dando tumbos por mi sangre...

Porque tienes una noche tormentosa escondida entre las piernas...

Lacia luz de sombras en cuclillas sobre el amor...

En tu pelo hay náuseas florecidas de miel...

Hay flores en tu vientre que acarician mi deseo,
pero el amar es un homicidio...

Cuando la luz se quita la ropa, entonces, qué dulce es morir...

Nudo de alondras

Poemas románticos

y



La acústica de las ansias

La daga de tu mirada
sostiene en vilo a la noche
mientras una a una
mis palabras te desnudan.

El temblor de tu cuerpo,
igual que un barco que se hunde,
va extendiendo su aroma
desde el lecho hasta mi sed.

Tus senos elevan
la roja firmeza de sus puntas
hasta el ávido fulgor
que va poblando mis labios.

Tu piel, que oculta las palabras
de todos mis silencios,
tiene la forma de una duda satisfecha,
sabor a luna llena
la textura de un pensamiento.



Van cayendo sobre nosotros
hojas de sangre y fuego
en el ritual de dos cuerpos
bajo todas las formas del deseo,
mientras tu aliento desnudo
escribe tu nombre en mi piel.

Mi voz, puñal de ojos abiertos,
reclama el sabor de tus labios
en la ceniza del dolor.

Luego me baño de ti
en los ríos gemelos de tus piernas,
en los desquiciantes destellos de tu pubis
del que nace un sol alado cada noche
y donde se esconde,
bajo el ardor de tus esencias,
la sagrada cifra de las ansias.

Cuando todo se consuma
la noche nos acerca a la muerte,
en la herida del orgasmo,
en el cansancio del querer
y vas andando, aún desnuda,
mariposa en la punta de un beso
mientras, a la luz de tu cuerpo,
el día sangra de amor.



Creación

Tu boca bisiesta
me nombra y me crea
y vengo a ser porque así lo decidiste
demiurga de ocasos,
plagiadora de amaneceres.

Del barro de la derrota
formaste mi piel
en la negra hierba de carne
que recoge el cadáver del mar.

Con espejos rotos
creaste mi carne
y pusiste, a conciencia,
una corona de espinas
a mi pensamiento.

Con los restos de un relámpago
construiste mis huesos
y los llenaste de ansiedad
vestida de palomas muertas.



En la inesperada rutina del trueno
inauguraste mi sangre;
con la esperada sorpresa del dolor,
mi aliento.

Soy obra de tus labios,
del aire y la tierra.

Por tal razón soy tú
en la insospechable finitud del tiempo.

Pero tú eres yo
en la sospechable infinitud
de Eros.



Amar

Amar es tener
un ruiseñor en la sangre
con las alas desplegadas
en melodía de luz.

Es oír una alondra
alzar vuelo desde un beso
y su voz de primavera
cuando perfuma la piel.

Es degustar una estrella
con sabor a nacimiento
en una nube de guacamayos
con sonrisa de mujer.

Amar es ver la tarde
derretirse en el espejo,
reflejo de dos cuerpos
ungidos de placer.



Amar es la alegría
de un juguete encontrado,
el aroma de un abrazo
al ver la noche lunecer.

Es el fulgor de la sangre
que se eleva al infinito,
albedrío de las ansias
bajo el imperio de la sed.



Tus ojos

Tus ojos de cascada hacia arriba,
de meandro de río que se va a secar,
son carne de luces
que se anudan al hastío.
Cayenas con labios en sus pétalos,
diorama de emociones
en cópula con la noche.

Tus ojos de clavel bañado por la luna
son huracanes alegres
que destruyen mis ocasos.
Fresas colgantes en los cabellos de una nube,
pífanos de un atardecer
suspendido en la memoria.

Tus ojos de guitarra afinada,
igual que una garduña
que persigue a una sombra,
son las arenas movedizas que me llevan
a la eternidad.



Tu belleza vertical

Tu belleza cayendo va
igual que un arco iris
surto sobre un quetzal.

Ella es jardín
florecido de palomas,
reflejo de dagas
rielando sobre el silencio.

Tu rostro, como una tarde
en forma de campana,
moja a la maña de altos ojos
pétalo de luz en sonora expansión.

Tu piel es un ave lira
sentada en la mirada de la noche,
homilía de labios que se anudan
bajo el nimbo del crepúsculo.



Tu aliento es el alfanje
que decapita a la inocencia,
agua virgen, llena de ojos,
lunecida de ánforas y fulgor.

Tu belleza deletérea,
en alas de primavera,
es el horizonte vertical
que preludia la muerte.



El ruiseñor

Un ruiseñor brota
de la rama del silencio
con una gota de sol
en la punta de las alas.

Vuela, orgulloso,
para agradar a tu mirada.

Tus labios se abren
para liberar
el cisne oculto en tu aliento
e inauguran una sonrisa
en forma de corazón.

Tu voz, igual que un ser vivo,
se desprende de tu cuerpo
y va acercando tu boca
al pico del cantor.



Una flor hecha de nubes
perfuma a la aérea pareja
que, en pleno vuelo,
ya se apareó.

El aire tiembla,
es la rutina
de otro milagro de amor.



El espejo y tú

De tu piel surge un espejo
y de éste un crisantemo.

Una golondrina azulece
los delicados estambres de tu voz.

Tu piel es surcada
por un aluvión de ojos zurdos,
manantial de labios de arena
que te llena de fulgor.

Tus manos férvidas sostienen
ramas de soles florecidos de amor.

El arpa de tu cabello
arpegia el crepúsculo,
torbellino de sangre
en busca de un redentor.



Voy en busca de la fiera
que se esconde en tu mirada,
del trueno bivalvo
que se humedece entre tus piernas.

Ato la noche a tu cintura,
una estrella a tus caderas,
un violín a tus labios.

Tu cuerpo moldea mis excesos y,
al tocar tu mirada de humo cristalizado,
mis pupilas asesinadas
se derriten sobre tu boca.

Te hundo en mis manos,
reminiscencias de Caribdis,
y te coronó de eternidad,
en la dulzura del dolor.



Dolor de edén

Tus muslos apodícticos
detienen la luz y el tiempo.
Ni siquiera el silencio
de ellos puede escapar.

Peces con ojos en la cola
nadan felices en tus carnes
mientras tus huesos escilan
el cadáver de la eternidad.

Todo es absorbido
por las ráfagas de tu cuerpo
tornado omnisciente, altivo,
que provoca y mata el placer.

Hasta el fuego se acobarda
frente al arco de tus piernas
ante esa casi omnipotencia.
¿Qué puede el pensamiento hacer?



Las fuerzas de la nada
ortan la noche de ti
y hacen que mi piel sienta
la dulce angustia del sufrimiento,
el trauma inevitable de un nacimiento,
el cuasi orgasmo de morir.



Caída

Caminabas, igual que un ave
del paraíso seducida por Adonis,
sobre la noche muerta.

El desangrado cristal del crepúsculo
se agitaba sobre tu cabeza.

Tus pasos, alevés,
acuchillaban al viento.

Los alerces se estremecían
ante el cimbrear de tu mirada.

En tu aliento recién construido
se balanceaba un turpial de sonoras plumas.

El claro caudal de tu voz
era aprisionado
por el hilo de plata
de la tarde al caer.



Veías, con toda claridad,
cómo por los pétalos del deseo
fluían los rubíes del mal:
la muerte venía de prisa
a lomos de una espada de luz
y flores silvestres.

Serena, la viste pasar.
Al verte tuve un desequilibrio
(consciente)
en mis pulsiones y sentidos.

Mi sombra, desecha,
corrió igual suerte.
Era violenta la quietud
en la que tu cuerpo
(no tú)
me sumergía.

Al final
sufrí otra derrota:
volví a entrar en tu piel.



Pasión

Él, con sus ojos de lagarto
y sus manos de gárgola,
con la perversa sonrisa
semejante a un alfanje
que partía su cara.

Ella, con su cuerpo de garduña al acecho,
su pecho de cielo estrellado
y sus muslos de hoguera a medio consumir.

Él y ella,
dos cuerpos igual que mares embravecidos.

Soles en confluencia
dentro de la piel del otro.

Como viento en celo,
exudando el olor que se tiene
al salir de un laberinto.



Se amaron, se pudrieron de amor.
Y todavía hoy
sus esqueletos siguen entrelazados
en un abrazo de huesos aún calientes
por el deseo que los consumió.

Aún se observa
su sonrisa satisfecha,
húmero a húmero,
esternón a esternón.

Las caderas amalgamadas,
las tibias entrelazadas.

Todavía, después de muertos,
sigue ardiendo
su pasión.



Luces en tus besos

Luz derretida
en lo alto de tus besos,
caricias con ojos en sus puntas
aferrándose a tu piel.

Luceros de azúcar
despeñándose por tu cuerpo,
panteras submarinas
sumergiéndose en tu pubis.

Gladiolos fermentados
adornando tus ojos.

Lunas color mentira
como collares en tu cuello.

Mariposas con cuerpo de ausencia
adheridas a tu voz.

Un arpa como un pecado sonoro
anquilosada en tus labios.



Y un abrazo muerto
atado a tu conciencia.
Así termina,
como empezó,
el desvaído imperio
del instinto.



Imago

Como imago naciente,
ínsito, desnudo,
en la hermosura del sufrimiento,
calamar de besos zurdos
en el crimen de un abrazo.

Como lengua de espejos
enredada en el silencio,
lámpara llena de otoños
en camino a su nacimiento.

Así tus senos
perfuman mi sed
en la onfálica textura
de sus areolas.

Tus pezones,
untados de tiempo y camino,
tienen sabor a cifra incorrecta,
olor a beso enano, dulzura de tinta
derramada al atardecer.



La lluvia que, humeante,
cae de mis manos
es torbellino de labios
en búsqueda de tu piel.

Clausuro la luz
en la humedad de tu boca
y en la punta de mi lengua
un meandro de caricias
te moja de placer.

Luego me extiendo sobre ti
cubiertos por el vuelo
de una luciérnaga
mientras el nudo gordiano
de mi voz
te hace esclava
del deseo.

Hay espumas de ti por todo el orbe.



Númenes en ti

Tu cintura son dos oropéndolas
con las alas unidas
y tus labios
turpiales a punto de alzar el vuelo.

Tu rostro es el orto
de un diamante pleno de insomnios
y tu pelo una lira anubecida,
cuyas notas cuelgan
de las alas de una alondra.

Tu piel es una golondrina
que se hace arco iris de amor
y tu cuerpo
un faisán cortejando a la lujuria.

Tus muslos son ansias hechas carne
y tus senos
paraulatas con ojos de serpiente
a punto de morder.



Hay un rubí recién nacido
en tu voz,
un manantial de orquídeas
detenido en tu aliento.

Tu andar de sílfide
semeja el latido de una estrella
igual que una manzana
en vísperas de caer.

Una sonrisa navega a vela
en el pífano de tu boca
y los ópalos de tu mirada
iluminan mi piel por dentro
cuando un aroma de edén
te construye en mi sed.



El aire y tú

El aire se hace perfume
cuando pasas.

Tu mirada hace florecer
la rosa marchita.

Hay un piélago de estrellas
derramado sobre tu piel.

Dulces orquídeas
construyen tu aliento.

Besos hechos golondrinas
se detienen en tus labios.

Una cascada de ruiseñores
va humedeciendo tus manos.

Una primavera
florece de tus senos
y enmarca tu pelo
enredado sobre diciembre.



Hay una canción
colgada de tu silencio.

La sombra de Eva
te trajo hasta mis cansancios
y, en la eucaristía que celebran
nuestros cuerpos al amarnos,
me doy cuenta que el futuro
tiene forma de mujer.



Hipogeo

Deseo estar contigo
para desnacer mis miedos
entre tus piernas
y mojar mi lengua
en la punta de tu muerte.

Así, como una mano de espinas
teñida de sangre,
caricia unicorne
deslizándose hacia el futuro,
voy a deconstruir mi alegría
en el hipogeo de tus labios.

La muerte y el espejo

Poemas a la muerte

y



Mirada de ángel

Tu mirada me habita
lo mismo que mi sangre
mi piel
mi nombre
y mi apellido.

Tu mirada de ángel
donde hay duendes
que beben tu nombre
por sus poros.

Tu mirada ocupada
por los trasgos de la lujuria
los cuales incitan
a perder la inocencia
en el dorado sabor
del pecado.

Tu mirada poblada de orquídeas
que se derriten sobre mis ansias
efervesce cual estrella



en la clara oscuridad del atardecer.
Tu mirada de guadaña rubia y despeinada
es el refugio
donde mis besos descalzos
se llenan de ti.

Tu mirada tráfuga y agorera
es la medida exacta
de mis deseos
y de mi dolor de amante
acosado por el insomnio.

Tu mirada de ángel besado por una ninfa
de arcángel con alas de quimera
de serafín decapitado por el otoño
de querubín colgado de la lascivia.

Tu mirada de elfo masturbado por una ondina
de diosa que ejecuta sus milagros
en mis labios.

Tu mirada de reina
coronada de mirlos.

Tu mirada de ámbar demorado en mi tristeza
tu mirada de náyade en espera de su amado
tu mirada de sol sin ocaso
es la mirada del amor.



Rosa azul

La rosa azul
me piensa
y me crea.

Ella se transforma
en mujer
y a mí
en su amante.

Se convierte
en labio
y a mí en beso.

Se torna piel
y a mí
en caricia.

Ella es diosa
Y yo su hierofante.



Es horizonte
y yo mar.

Su azul aroma
perfuma mi alma
y hace que mi corazón
se derrita
y resucite
en cada uno
de sus pétalos.

Ella existe
piensa y crea.

Y yo sigo
en la Nada
hasta que ella
me vuelva
a pensar.



La umbela de tus labios

Me hablas
y una guitarra con la forma de tus ojos
se enciende sobre mi piel
y derrite tus palabras
perfumando mi alma de ti.

Me hablas
y la noche se ilumina con tu voz
convirtiendo la hierba
en una blanca extensión de tu nombre
y la luna en una tierna
prolongación de tu piel.

Me hablas
y un asfódelo de ojos esmeralda
abre sus pétalos en tus labios
y la tarde se ilumina
con la verde melodía de tu aliento
y el dulce pistilo de tu voz.

Me hablas
y mis ojos pueden escuchar tus besos
ascender sin prisa



desde tu boca hasta mi piel
y mis oídos pueden ver tus labios
besar la punta de mi alma
que adquiere la forma de un verso azul
que nace y muere por ti.

Me hablas
y una cifra con alas va desde tu boca a la mía
cabalgando con señorío
hasta los cármenes de mi alma
sobre el aroma de un rubí con piel de agosto
y la clara textura de un zafiro
que una virgen deslizó sobre su piel.

Me hablas
y un violoncelo con ojos de ondina en celo
umbela sus notas sobre mi angustia
mientras tus palabras de amanecer descalzo
con su textura de agua dulce
cambian la forma y el color de la tarde
y la convierten por derecho propio
en una firme extensión de tu nombre

Me hablas
y tu mirada viaja con tus palabras
hasta mi voz y su estatura de cíclope descalzo
y ya la noche no existe
porque el poderoso astro de tus mandatos
la convirtió en luz.



Piel en fuga

Tu piel tiene la forma
de un colibrí seduciendo a una rosa
la dulzura de un ney glisando sus notas sobre la tarde
la belleza de un turpial cuando umbela sus colores
en cada amanecer.

Tu piel tiene el aroma
de un nenúfar huérfano y descalzo
el sabor de una fresa
detenida en el aliento de una ondina
la textura de un arpa
que huele y sabe a mujer.

Tu piel es un asfódelo
habitado por alondras
y acariciado por nubes aladas
es un sendero transitado por ninfas
que un sátiro feliz va a desflorar.

Tu piel es un río pensante
que transita hacia mis ansias
agua de luna y estrellas
que mis pecados redimirá.



La dinámica de un nombre

Señora de enigmática mirada:

No quiero que mi nombre
incendie sus labios
ni que endulce su mirada
o que se derrame sobre su piel.

Quiero que mi nombre
la acose cada noche
con el color de su aroma a almendras tostadas
y que sus letras desfilen por su boca
haciéndola sangrar
de tristeza...y deseo.

Que los ojos color café de mi nombre
la persigan cada madrugada
que rondan sobre su cama y sus sueños
como un fantasma de mirada triste
un espectro que la bese y la acaricie
en cada uno de sus pensamientos
porque se enamoró de usted.



Quiero que mi nombre
muerda su alma
cada vez que piense en él
y que desgarre su piel
como lo harían los afilados colmillos
de una fiera.

Quiero que cuando camine
vea el color cobrizo de la piel de mi nombre
en cada paso que usted dé.

Y que mi nombre caiga sobre usted
cuando llueva
que impregne su alma con su voz de daga enamorada
que queme sus entrañas
que atormente su corazón.

Quiero que mi nombre habite su sangre
y muerda su alma y su ser.

Y que cuando la noche vuelva a caer sobre sus ojos
mi nombre se convierta en el dulce signo
de su amor.



La certeza del anhelo

Señora:

Sé que su belleza es peligrosa,
de esas que hacen
que un hombre se suicide
o que pierda la razón,
lo que, a fin de cuentas,
viene a ser lo mismo.

También sé, aunque nadie me lo ha dicho,
que en su aliento hay golondrinas
que tiñen de azul su voz
y sé que en su voz
hay un arpa con la forma de su nombre
que se desnuda cual náyade en espera de un beso
y expande sus arpegios
en cada atardecer.

Sé que en sus senos
hay orquídeas
que se desangran en anhelos
y sé que su vientre



es habitado
por el impetuoso y enamorado
galope de un unicornio de ojos marrones
(que tal vez lleve mi nombre
engastado en su tiste mirada)
el cual se encamina
acezante y presuroso
hacia el oasis de luz
que se demora en su pubis.

Sé que en su sexo de fresas dulces
con su textura de agua salada
hay una pregunta sin respuesta
que se moja de luz
y se deshace en deseos
en el altar de carne y luz
que se erige entre sus piernas.

Sé que el fuego líquido
que arde en su sonrisa vertical
(donde reside el divino tormento de su femeneidad)
tal vez nunca se vista
con los apasionados colores
que le dan vida a mis ansias de amarla.

Sé que la noche
que muere y nace en el laberinto vertical que la hace hembra
lleva su olor a mujer



a través del viento
del tiempo y la distancia
hasta los labios de un poeta
que muere de amor por usted.

Y sé que las manos
que le escriben estos anhelos
que no son más que muertes convertidas en deseos
tal vez no tendrán nunca
la esperada resurrección
de uno solo
de sus besos.

Ojalá que así no sea.



Con la noche en la piel

Desnudar la luz de sus huesos
en el hermoso suicidio
del placer.

Morder los lugares
donde una vez
estuvo su piel
en la despiadada belleza
del dolor.

Adentrarse en los abismos
de sus órbitas vacías,
dominio de realidades
al que la carne
no puede acceder.

Dibujarla en un beso
lleno de espectrales fluidos
sintiendo la ternura
que su lengua ausente saboreó.



Catar los gusanos
que ahora tiene por cabellos,
en el terror jubiloso
que brinda el conocer.

Disfrutar, en la dulzura del asco,
las delicias de la sangre,
esa que, podrida,
la cubre como miel.

Sentir el éxtasis,
el fulgor de un sufrimiento
en el reverso de la carne y de la espera
que es vivir,
para descubrir en la muerte
la exquisitez de una mujer desnuda
en la ofrenda de las almas
ante el fuego, al morir.



Rubio funeral

En tus dedos, noches de ojos rubios,
en tu piel, cabellos de tardes trigueñas.

En tus senos, una mañana de azafrán
colgada de las luces de la muerte.

En tus caderas
un sol de huesos rotos,
posludio de las lágrimas
que algún ángel derramó.

A tus pies
el río desbordado de la nada,
flor izquierda
empantanada en el exceso.

Sobre tu cabeza
la diadema del tiempo solitario
constructor de tristezas.

Y a tu alrededor el cerco de la vida,
del cual ya la sabiduría te liberó.



Estigia

La dorada osamenta de tu voz
cruje al tocar mi piel.

La sangre de tu aliento
moja mi conciencia pretérita,
dulce sombra plagiada
que aletea sobre la muerte.

Tu eco (tú)
hace (s)
desaparecer mi cuerpo.

Me materializo, re-envejecido,
en la estigia
mi destino final.

Es inútil que convierta mis deseos
en hojas de parra,
Caronte sólo acepta
el óbolo de la inocencia.



Soliloquio de lo ausente

Siento la hermosa náusea
del placer,
la tenebrosa alegría
del dolor.

La vida es una flor obsesionante,
un sueño castrado
en camisa de fuerza.

Por eso busco
el devenir de mi sangre
en la noble ternura
que me brinda
la tumba.



Góndola

La carne de tu mirada inconclusa
cierra el párpado
que pupila mi ansiedad.

Con ardor
acorto el amor
que horizonta mi cuerpo;
risa despeinada que se extiende
por la nata de mi lengua.

En el cielo
un ojo de luna muerta
oye destrozarse la noche,
igual que una ropa vieja
rasgada por un demente.

Sonido de pezones dorados
en voz de arpas cansadas;
góndola de labios rojos
en un desierto feraz de rosas muertas.



Regreso desde mis pies
en el pico de una emoción,
al tamiz calvo y angosto
que se balancea en tus ojos.

Hay un pétalo de espinas
que se clava a tu garganta
y nos baña, inocente,
del bello sol
de la muerte.



El sentido de morir

Una caricia lesbiana
que se convierte en orgasmo equilátero,
como un beso heptagonal
enroscado a una piel de humo azulado.

Una tarde de ojos almendra
resbalando por el cuerpo sin vida
de una mujer con la sombra al revés.

Un grito con alas de asesinato virgen,
igual que un abrazo azul con sonrisa de cadáver.

El himen de una virgen
con piernas de río afluente,
dueña de una voz de cordillera núbil, fresca, no escalada.

Un insecto volador convertido en lágrima oscura,
posado, al desgaire, sobre dos senos como serpientes
que ya han mordido los talones del amor.



La niñez de un jugoso pecado hembra,
que degusta, rencorosa,
una hora de piel de noviembre.

Un sentimiento coronado
de golondrinas y espectros
bebiendo el agua lustral
para el sacrificio de la ausencia.

La infinita negrura,
el horror de nacer.

Todo preludia el encanto,
el erotismo de morir.



Espera

El ataúd, virgen aún, relucía.
Mi cuerpo, vivo todavía, absorto lo miraba.

¿Es ataúd porque va a contener
un cadáver?

¿Puede ser tal
si no hubiera muerte?

¿Se es cadáver
sólo cuando se muere
o ya desde la concepción?

¿Soy un cadáver vivo,
o un vivo ya cadáver?

El ataúd sabía
lo que yo ignoraba,
pero aún tardaría
para darme la respuesta.



La derrota de la muerte

Un rayo de luz se extiende por mis brazos
y se desnuda como flor
sobre la punta de mis dedos.

A través de él veo la eternidad
partirse en dos
y en medio queda
la ancha estrechez de un segundo
ultrajado apenas
por una gota del tiempo que muere.

El alado corcel de la muerte
pifa su rabia post-vida
sobre ese instante sin fin.

La vida se niega a morir.
Ella asesina a la muerte,
por eso la cólera del que lleva la guadaña.
Y la luz de la vida se hincha sobre mi piel
para afinar la oscuridad de sus ojos
sobre la piedra filosofal de mi tristeza.



Y esa misma luz
que lleva las cenizas
de mi sangre hecha voz,
de unos labios sin sombras ni estrellas
se envuelve en mi piel
todavía palpitante
y me deja transido
de la dulce angustia de amar.

La parca, fallecida,
se hace eco de ausencia y espíritu
destruida por la luz de un nacimiento
mientras el polvo del fracaso
que se arrastra miserable
en las entrañas del día
ya no se posa sobre mi cuerpo.

Veo en la distancia los eones
pasar raudos hacia la nada
y siento en mis labios
el sabor de Eros
que se disuelve,
crece por todo mi cuerpo
y me llena de esperanza.
La vida venció a la muerte.
Amén.

Galería surreal

Poemas surrealistas

y



Suicidio

En el suicidio de la mirada
escarceo de besos.

Ojos espadeando pupila en ristre.

Sangre núbil en la sonrisa de la muerte.

El posludio de una voz
bajo un pensamiento marchito.

Sueños machacados
en la saliva del tiempo.

Manos como flores
en la alopecia sentimental del verbo.

Caricias conjugadas en la demencia.

Venas de sol recién desflorado.



Tu voz, como un pecado tuerto,
no me deja morir.

Labios senescentes en una bofetada de luz.

La piel sonora del tiempo
se arruga sobre mí.

Dedos que exprimen un cuchillo de ansias.

Misterios en falda corta en la limpidez del crimen.

Estamos como al principio:
cópula de luz y oscuridad.



Paisaje

Sombreros de peces muertos
regurgitan campanas de sal en el silencio.

Planetas menstruados por el miedo
caen indecisos entre una voz marchita
y un asta de cabello oscuro.

Filosos huesos de sangre ríen a carcajadas
sobre el vientre de una navaja rubia y promiscua.

Veleidosa, la luz de un pensamiento anófeles
se enreda como flor en las ranuras de tu mirada.

(Las lenguas de tus piernas
son azules como un sueño en silla de ruedas).

Mariposas con piel de ocaso
duermen enfevecidas
bajo el andamio sentimental
de tu seno (grande como un bostezo).



Gargantas de rojo aspecto
carraspean jades bajo mi rostro.

Futuros orgasmos,
con su carita angelical,
rompen con malicia
la cruz de la inocencia.

Pinos adolescentes
beben con malicia
la caricatura de una lágrima
en la senectud del olvido.

Clavos inocentes lamen mis venas.

Amargos halcones
se posan en tus pestañas.

La vejez en su cénit
sangra como una virgen desflorada por una nube.

Y cuando el deseo se vuelve noche
deletrea la palabra amén.



Afirmación

Humo de besos podridos
sube de la tarde senecta:
las abiertas fauces del miedo
desfilan sobre el cadáver de mi voz y su séquito,
mientras una golondrina narcisista
se toca los pezones
y tiene un orgasmo sonoro
como una constelación de estrellas.

Una brújula de sangre da la vuelta al mundo:
una mujer vestida sólo con mi mirada
abre las piernas a un sol que se confiesa culpable
de brillar sólo para ella.

Chacales con cabeza de viento
surgen de tus labios
mientras caricias derretidas
van salpicando tu vientre.



Por tu regazo una docena de hormigas
transporta mi lujuria deletreada
al mismo tiempo que un paraguas de túrgidos muslos
llueve a la lluvia.

Camelias ahogadas en sangre
se ríen de mí:
la elegancia de tus venas
ha estrangulado al crepúsculo.



Visión

Un hombre todo blanco
está sentado
en un largo sofá todo azul.

Su cabeza reposa a su izquierda,
aunque el lugar
donde había estado la boca sonríe.

Al fondo un sol amarillo,
eclipsado por la luna-tristeza,
brilla con poco fulgor.

El espacio está vacío.

El cielo es claro-oscuro.

Los ojos ausentes
de la cabeza separada
del cuerpo del hombre brillan.

¿Acaso ven algo?



La sonrisa invisible
se sonríe a sí misma.

El hombre es un cadáver lleno de vida
contemplando el universo
antes de su creación.

La guadaña del deseo cortó su cabeza,
pero no hubo sangre
ni la habrá jamás.

El hombre está sentado, tranquilamente,
en el elevado laberinto
de la eternidad.

El deseo, que lo mató,
¿también lo hará inmortal?



Crisantemo asesinado

Una orquídea con cabeza de perro.

Una verde rosa con voz de mujer.

Senos con ojos de virginidad perdida.

Nardos derritiéndose.

Asfódelos masturbados por el falo de la muerte.

Dalias con penes derretidos por pétalos.

Crisantemos ahogados en sangre vegetal.

Claveles vaginales abrazados al pecado.

Margaritas con besos lascivos rodeando sus tallos.

Girasoles con truenos en sus estambres fantasmales.



Manzanas con rayos por pulpa.

Uvas con una lluvia de caricias zurdas en la piel.

Peras azules en los dominios de la nada.

Soles muertos, lunas asesinadas.

Espadas muertas, jardines cojos.

El amor con el sombrero del silencio entre las piernas.

Tulipanes con un orgasmo congelado en el pistilo.

La muerte degollando a la ramera de la vida.

El viaje del deseo hacia la eternidad:

y la sangre que se pudre

en el abismo del espejo.



Romance espectral

Tus ojos van
como sonata de sombras
mojando de ti
el color de mis huesos.

Tu risa,
alegre como la luz
que rechina en un espejo,
llena de sangre
nuestra pequeña prisión.

Tu pelo suelto
como una calumnia
tiene flores,
murciélagos
y ojos de niños muertos
perfumando tu dolor.

La miel de nuestros líquidos corporales
(que marca nuestra derrota)
se acumula bajo lo que era
nuestra piel.



¿Desnudos?
Nos amamos.

El cementerio,
en regocijado silencio,
es testigo
de nuestro amor.



Residencia

En la cordura
de una eyaculación muerta
o en la elocuencia
de una caricia estrábica.

En las manos
de un beso tartamudo
o en el dolor
de un sentimiento amputado.

En la quietud
de un corazón acéfalo
o en la angustia
de una nube coja.

En la ansiedad
de un crepúsculo arrugado
vive mi muerte
rubia y feliz.



Premio

Los ojos del banco del parque
se mueven, hablan.

Un ruiseñor con alas de pétalos de rosa
se posa en una de sus pestañas.

Una mujer, bellísima,
con la piel azul pálido,
cabello vestido de eneros,
senos de lluvia horizontal
y cuya boca es
un arcoíris en miniatura
está sentada,
solitaria,
sobre una de las grandes
pupilas.

Ella tiene un espejo,
grande, ovalado,
reposando sobre sus piernas.



De pronto
hunde la mano derecha,
hasta el codo,
en el espejo.

Saca un objeto
que chorrea sangre:
mi cabeza.



Dominio

Una duda en forma
de guadaña
me tiende, amorosa,
sus brazos,
pero Selene
no me deja atraparla.

Un espejo viudo y huérfano
va reflejando mi angustia,
pero los rizados cabellos
del sol
(¡Qué negros son!)
no me dejan ver
la dulce vanidad
de morir.

Vírgenes ya marchitas
pulsan las cuerdas
de una emoción desconocida
mientras Orfeo
construye su lira
con los cabellos de Eurídice.



El amor es un anciano
decrépito, jorobado,
con un cuchillo
de agua de mar,
clavado hasta el mango
en la frente.

¡Y tú pensabas
que la muerte vendría
bajo la piel
de una mujer desnuda!

¡Qué idiotez!

Ya mi cuerpo se diluye
en mil caricias etéreas,
pero yo me quedo
en el mismo sitio.

Mi piel se ha ido
con la tarde:
algún día tu sombra
me la devolverá.



Sombra que piensa

El rubio cabello
del espejo
esplende sobre el humo
ya arrugado
de la tarde.

Los ojos aún célibes
de un cuchillo muerto
oyen la voz
manchada de plumas
de una fiera adolescente.

La náusea de un sombrero
en primavera
se curva ante el fulgor del cielo
y el espanto.

Una adarga
embarazada de tórtolas
corta la piel del rubí
bajo el eterno acertijo



de la muerte:
es la sombra que piensa,
dibujando los albores
de su nada.



Cuerpo anticipado

Tu cuerpo hermoso como la náusea,
feliz como un suicidio involuntario,
es una campana marchita
cuyo badajo es tu corazón.

Tu boca tierna
como un puñal sangrante,
bella como un gusano
degustando un cadáver,
es una cítara derretida
al compás de los latidos
de mi piel.

Tu rostro lúcido
como la demencia,
rozagante como un himen
en vísperas de la desfloración,
es la cuchillada
que tu cuerpo le da al aire
en el donaire feliz
de una muerte anticipada.



Crimen

Tu cabello tendido al galope
se extendía
sobre la tarde parida de espejos,
huérfano como una herida,
grácil como un veneno,
suave como una corona de espinas.

Vivíparo, licuescente,
hermoso como perder la inocencia
mojando la mirada de lagartos y gárgolas
magnetizando mis huesos.

Tu cabello largo,
como un cuchillo homicida,
deja a la tarde
en agonía
cuando la espada
del crepúsculo
va cercenando
tu cabeza.



Incendio

Una mujer desnuda
incendia con su cabello la noche.

Todo el orbe arde
mientras ella misma
también está en llamas.

Su piel fulge con fuego transparente.

Son sus ojos
dos serpientes
sobre el eje de su mirada
enroscadas.

La noche
es un incendio con vida propia.

El aire también se quema.

Los ojos de esa mujer
sojuzgan al mundo:
todos le rendimos culto
a esa rubia dama
llamada muerte.



Daga

Una daga azul,
espléndida como una derrota,
muerde mis ojos y su sombra
en el trastorno de la piel
que me provoca el tocarte.

La huella de un incendio
erupta abejas
sobre mi pensamiento.

Una corona de sangre
con la forma del regreso
clava mi aliento
a tus sienas.

Un beso arrugado,
canoso,
ayuna las texturas
de las mentiras
que me crean.



Mientras, en los confines
de un violín
masturbador de ilusiones,
los negros faroles
del suicidio van acercándose
a tu piel.

Tu mirada ruidosa
me recuerda
que en cada poro
llevo un orgasmo
en la sospechable agonía
a la que me aboca
la ternura.



Viaje

La raíz de tus senos encendidos
es la cabeza del viento
que aúlla su dolor.

Un espasmo de luz
acaricia mi rostro
mientras rosas azules
van surgiendo
de mi voz.

Hay gorriones de vuelo cenital
que se avellanan en tus ojos,
relámpagos que viajan
desde tus labios
hasta mi ayer.

Libros hechos de agua
donde desleo
mi sangre.



Una cítara pulsada
por una niña con una cereza
entre el pecado y la piel.

Kinnor con cuerdas de alondras
bajo el yugo del querer.

Hay colibríes agonizando
en tus muslos,
azules nubes que quieren
poner horizontes a tu aliento.

Jardines que quieren
encanecer sobre tu vientre
y un sátiro feliz
seducido por tus labios
que desconcertado
te pregunta:
¿Dónde pusiste
mi piel?



Comienzo

El sonido de una guitarra
masturbada por un ángel negro
se expande feliz
por la inmensa llanura
poblada de asfódelos muertos.

En el amanecer,
preludio de la eternidad,
hay multitud de olores canosos,
luces ya arrugadas,
labios oxidados,
besos huérfanos.

El aire magullado
trae voces espinadas
que van pudriendo
el silencio.

Una salamandra,
con una flor en el pelo,
quiere huir hacia tus ojos
arrastrando calaveras
con el color de la nada.



El aliento de lo etéreo
cae pesaroso
desde la noche estrellada
como sabiendo
que el tiempo
pronto morirá.

El fantasma del miedo,
también asustado,
se aleja presuroso.

Nadja ha recobrado
la sonrisa:
Bretón pronto llegará.



Acuarela

Un clavel monóculo,
un asfódelo con labios por raíces,
un olmo rubio, borracho.

Palomas con orgasmos
colgados de las alas,
águilas tricéfalas,
halcones de falda larga.

Verdes panteras,
negras manzanas,
emociones bípedas,
tristezas bicornes.

Nubes de miel bajo un punto y aparte,
ánades dulces como el final del olvido,
helechos de piel de agosto,
un beso cíclope,
un asesinato con ternura.



Sinfonías ya marchitas,
flores sonoras,
mangos colgantes de la flor de la lujuria.

Cuchillos cariñosos,
puñaladas tiernas.

Y la tristeza,
como un sol,
oscureciendo la vida.

Es apenas
el regusto
de morir.



Descripción

Eres tierna
como un cuchillo degollado,
transparente
como un espejo muerto.

Tienes la piel
túrgida como el genocidio,
alegre
como una puñalada
dulce,
como una derrota
feliz,
como la desesperación.

Tus manos
son suaves
como una espina,
hermosas
como el pecado.



Y tu corazón
es un ser vivo
que arrastra tu muerte
en cada latido.

¡Oh virgen de soles
aún por nacer!
¡Qué bello es tu dolor
ante la vertical guadaña
de mis ansias!



Desierto

En un inmenso
desierto de sangre
florece miles de ojos.

Todos tienen verdes pétalos
alrededor de sus pupilas.

Hay también serpientes zurdas
peces con plumas que mueren de sed,
sirenas vestidas de sangre.

Panteras derritiéndose,
arpas de largos cabellos
sollozando azules sonidos.

Violines cojos levitando su tristeza,
manos chillonas estrangulando sentimientos.

Pelirrojas guadañas asesinando la parca
y claveles ya decrepitos
devorando la arena ensangrentada.
Hay un corazón azul
desnudándose en agonía
sobre el ocaso: yo.



Posfacio

Colega de angustias y de nadas, si has llegado hasta aquí fue porque encontraste el hilo que une todos los poemas.



Contenido

Dedicatoria	5
Prefacio	7
Agua existencial	11
Entre el tiempo y la piel	13
El aroma de la luz	15
Mentira lustral	16
Negación	18
El color del pensamiento	20
Carne futura	22
Los pecados de la noche	24
Altar de labios	25
Mirage	26
El reloj de sangre	28
El cauce de mi sangre	30
Sueño	31
Antes de la nada	32
La madrugada	34
Ambivalencia	36
Miniaturas	38
Caricia envenenada	40
Ciclo	41
Presagio	43
Arena	45
Collage existencial	46
Donde ocurre la noche	48
Separación	50
Memoria existencial	52
Nube	53
La sangre del torbelino	54
Búsqueda existencial	55





Esa noche	56
Duda	58
Ethos	60
Muerte inminente	61
Mi cuerpo en el espejo	62
Metempsicosis	64
Palimpsesto	66
El toque de tánatos	67
Círculo	68
Ceremonia	69
Resurrección	71
Vicariedad del insomnio	72
Duda existencial	73
Ecforación	74
Escisión del ser	76
Brevidades existenciales	78
Fuga	82
Angustia existencial	83
Mi aliento	85
Mi cadáver	86
Mi sangre	87
Mi voz	88
Tránsito	90
Deserción	92
(In) conclusiones 1	94
(In) conclusiones 2	96
La acústica de las ansias	99
Creación	101
Amar	103
Tus ojos	105
Tu belleza vertical	106
El rruiseñor	108
El espejo y tú	110
Dolor de edén	112
Caída	114
Pasión	116
Luces en tus besos	118
Imago	120





Númenes en ti	122
El aire y tú	124
Hipogeo	126
Mirada de ángel	129
Rosa azul	131
La umbela de tus labios	133
Piel en fuga	135
La dinámica de un nombre	136
La certeza del anhelo	138
Con la noche en la piel	141
Rubio funeral	143
Estigia	144
Soliloquio de lo ausente	145
Góndola	146
El sentido de morir	148
Espera	150
La derrota de la muerte	151
Suicidio	155
Paisaje	157
Afirmación	159
Visión	161
Crisantemo asesinado	163
Romance espectral	165
Residencia	167
Premio	168
Dominio	170
Sombra que piensa	172
Cuerpo anticipado	174
Crimen	175
Incendio	176
Daga	177
Viaje	179
Comienzo	181
Acuarela	183
Descripción	185
Desierto	187
Posfacio	188



Esta primera edición de *La muerte o el deseo*, de Víctor Díaz Goris, se terminó de imprimir en los talleres de Serigraf, S. A., en el mes de agosto de 2014, en Santo Domingo. La edición consta de 500 ejemplares.